

LA REPUBLICA UNIVERSITARIA

La juventud intelectual desde donde se difundiesen los ideales encaminados al corazón funda una Universidad Popular, para que fuera la tribuna del pueblo. Comienza a murmurarse esta palabra, desconocida hasta entonces, para llegar a pronunciarla en todo el significado de un valor social.

Julio V. González¹

Quizá sea necesario *insistir*: no hablaremos del acontecimiento de la Reforma Universitaria, sino de una cierta trama discursiva producida por los agentes de este acontecimiento. La palabra que se levanta en la manifestación (*¡Frailes no!, ¡En Córdoba sobran ídolos! ¡Libertad, libertad, libertad!* —evocando el Himno Nacional y la Marsellesa—) y la escritura que se produce mediante los comunicados de la *Federación Universitaria* que se constituye en esa crisis. Por el otro lado, los sermones y la débil reacción de los estudiantes católicos.

Para los reformadores el apoyo de figuras de intelectuales y políticos liberales. El problema se polariza enseguida: *liberales* o *clericales*.

Entre estas dos vertientes se ordenan los acontecimientos, se distribuyen los rechazos y se instauran los lazos de alianza. Se invoca la Revolución de Mayo,

se invoca a Sarmiento. Enseguida los estudiantes se entregan a la paradoja de una *tradicón* revolucionaria, se proponen como guardianes del porvenir contra el pasado definido como lastre y se designan como movidos por *ideales* (opuestos a los intereses materiales, de autoridad y jerarquía).

La tradición es la que funciona como dispositivo que organiza el discurso y propone su interpretación verdadera: la fuerza de la juventud, los intereses de los antiguos. Los acontecimientos confusos y contradictorios se ordenan: hay una causa definida como eficiente y, por lo mismo, debe encontrarse una causa final. En las palabras de los estudiantes se producen ciertas ambigüedades (“pueblo estudiantil”, “república universitaria”, “redención de la universidad”, “revolución americana”, etcétera) que evocan el campo de la política en un sentido amplio para sostener una posición dentro de la universidad. Esta ambigüedad lleva, luego, al problema de plantearse la extensión universitaria: hay que devolver el discurso que se tomó prestado, hay que dar algo a los que fueron implicados (por ejemplo, se logró cierto apoyo simbólico de obreros socialistas) como destinatarios últimos de la Reforma Universitaria.

El clero trabaja sobre el polo de la familia, los estudiantes (los hijos de esas familias mandados al poder por medio del saber) trabajan sobre el polo social. La familia espera de la universidad un cierto poder social mediante la calificación del hijo, el clero promete mediante la descalificación de esos hijos la restitución de un poder familiar.

Esto dice el sermón, esto declaman los estudiantes.

Rodolfo Rivarola, siendo decano de la Facultad de Filosofía y Letras, expone en 1915 el dispositivo que comienza a funcionar en nuestras universidades: “La conclusión es que la enseñanza por el Estado debe tener en vista (...) la selección de los mejor dispuestos y preparados por una cultura superior para la función propiamente política”.²

Por supuesto, se retoma como en los viejos tiempos a la lucha entre los clericales y los liberales. El diario *La Nación* (2/7/1917) comenta: “La juventud, en buena parte, es adversa al espíritu de la Universidad; el cientificismo desaloja paso a paso al doctoralismo, y se cumple, según todas las apariencias *el ceci tuera ceta*, con que el gesto de Sarmiento señalaba, al inaugurar la escuela de Matemáticas, la Facultad de Teología”.

Horacio Valdez, uno de los fundadores de la Federación Universitaria Argentina y en ese momento vocero de la rebelión de los estudiantes, dice en uno de sus discursos: “Yo he tenido oportunidad, en una asamblea pública, y en el calor de la lucha, de comparar a la Universidad de Córdoba con la Bastilla francesa de 1789 (...). En efecto; la Bastilla francesa, con su vetusta mole, representaba la tiranía política de los Luises de Francia, y la Universidad de Córdoba, con sus costumbres coloniales, con sus claustros oscuros, donde de

respira el incienso clásico, representa el patrimonio y la tiranía que el pasado quiere ejercer sobre el presente...” (Citado por Julio V. González).

Luego, por supuesto dice Valdez, los estudiantes salieron a “predicar lo que pasa en la Bastilla, a contagiar al pueblo de nuestro entusiasmo, porque queremos entrar de nuevo en ella triunfantes con el pueblo, porque al pueblo pertenece esa casa”.

¿Qué se designaba por *pueblo*? “Debemos hacer notar —escribe Julio V. González, en el artículo ya citado— que el eco del movimiento se tradujo en un llamado a las asociaciones, círculos y partidos liberales exclusivamente, de manera que al referimos a la acogida unánime que él tuvo en la opinión pública, hemos estado aludiendo a la que aquellos forman”.

La plataforma estudiantil se resumía en los siguientes puntos: 1) Participación de los alumnos en el gobierno de la Universidad, 2) Periodicidad de las cátedras, 3) Docencia libre.

En lo extrauniversitario el movimiento es anticlerical y de un liberalismo “avanzado”. La Federación Universitaria declara, cuando los estudiantes se encuentran en plena huelga: “En adelante sólo podrán ser maestros en la futura República Universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de Verdad, de Belleza y de Bien”.

Julio V. González, en su extenso trabajo, adopta la siguiente estrategia: 1) Por un lado, la Reforma es una verdadera revolución y hasta una toma del poder (“Enrique F. Barros —dice— había agregado la hazaña extraordinaria de tomar la casa de gobierno solo y sin armas”. Se refiere a una entrevista con el Presidente de la República que, por otra parte, estaba con la Reforma y contra el clero).

2) Por el otro, cuando la policía reprime a los estudiantes la revolución se reduce al “pueblo estudiantil” que puso “la nota jovial y picaresca, como si al fin de las horas trascendentales y amargas, los revolucionarios, muchachos al fin, distendieran los nervios en la humorada, la algarabía y la farsa de una estudiantina”.

¿Farsa estudiantina, revolución de la sociedad?

El gobierno manda una intervención, cuyo responsable será José Nicolás Matienzo —que simpatizaba con los estudiantes. Hay elección de un rector, pero como los estudiantes pierden (“...el clero de Córdoba, presiona a los electores por medio de sus madres, esposas e hijas”) se generaliza la rebelión.

La segunda intervención sería presidida por el doctor Telémaco Susini: “Este ilustrado catedrático —escribe Julio V. González—, por su reconocido anticlericalismo, y por su reciente intervención en la cuestión, garantizaba desde ya que las cosas se resolverían de acuerdo con los deseos y aspiraciones estudiantiles”.

Entonces se revela cierta paradoja: el clero de Córdoba no tiene el apoyo del Gobierno de Buenos Aires —es decir, Nacional— y los estudiantes revolucionarios son, en realidad, oficialistas: “Enrique Barros —prosigue Julio V. González—, alma y nervio de la revolución universitaria, con algunos compañeros más, hallábase apostados en la Casa Rosada, desde hacía más de dos meses, con la delicada y ardua misión de conseguir que el Presidente de la República interviniera nuevamente en el conflicto cordobés. Astuto y tenaz como era aquél admirable muchacho, fue bien pronto un habitual concurrente del despacho presidencial, en el cual, así como en el del Ministro de Instrucción Pública, ventilaba con ambos magistrados el problema universitario cordobés. *Consejero más que solicitante* (sic) de aquéllos, en cuyas manos estaba el destino de éste como de todos los problemas de interés nacional, los convenció bien pronto de la necesidad de la intervención y llegado el momento de buscar el hombre, allanó igualmente esta dificultad, presentándoles como el más indicado al doctor Susini”.

Al fin, el inciso 1 del art. 38 de los nuevos Estatutos realiza los ideales de los estudiantes. El mismo dice: “Los consejos directivos nombrarán sus miembros a propuesta de una asamblea compuesta de todos los profesores titulares, igual número de profesores suplentes e igual número de estudiantes”.

¿Qué comentario le merece este párrafo a Julio V. González, apólogo de la Reforma?: “Era —dice— la consagración de los tres Estados de la República Universitaria, que propusiera en su dictamen la comisión especial del congreso universitario, nombrada para estudiar y proponer un proyecto de reformas a la ley Avellaneda”.

Dos años después, en una encuesta que pregunta sobre las formas adecuadas de consolidar la conquista de la Universidad, Arturo Orgaz propone: “La Federación Universitaria debe constituir un comité de Extensión Universitaria, formado por profesores universitarios, estudiantes y representantes de los trabajadores; trazar un programa de divulgación científica; dirigirse a los profesores a fin de saber quiénes están dispuestos a cooperar en la grandiosa obra de cultura a emprender; requerir la cesión de locales adecuados en los distintos barrios del municipio (salones sociales, bibliotecas, etc.) e iniciar la tarea en que deberán rivalizar en entusiasmo generoso, profesores y estudiantes: quiero decir que no sólo los profesores deben enseñar, sino también, junto con ellos, al lado de ellos, en comunión de ideales dinámicos, también los estudiantes que oportunamente se inscriban en el registro de disertaciones. *Debe hacerse de la ciudad una grandiosa aula*, de lo contrario se hará por otros una gran cueva o una magna catacumba de fanatismo e imbecilidad” (Rev. de Filosofía, setiembre de 1920).

De la misma idea —en la misma revista— es Arturo Capdevila.

La ciudad debe ser una inmensa aula, el saber debe convertirse en poder. Por eso, Arturo Orgaz también le recomienda a los muchachos que tengan en cuenta que “debería asegurarse al profesor una retribución suficiente, la limitación de su actividad debe ser compensada con un sueldo que le permita vivir con tranquilidad, serenamente, viendo pasar la mascarada...” (Idem).

Pero ese poder no se designa como político, sino como *fundamento* de cualquier política. Se encuentra en cada una de ellas, está más allá de cada una de ellas: “Y así, volviendo al lenguaje abstracto: las ciencias particulares nutren y enriquecen a la filosofía; ésta guía la política, la cual gobierna por la educación...” (R. Rivarola, ya citado).

La jerarquía es la siguiente: a) Saber (ciencias); b) Filosofía; c) Poder (política) y d) Educación (transmisión y reproducción). *La filosofía sería, entonces, la mediación entre el saber de las ciencias y el poder de los gobiernos. El profesional se define, entonces, como un mediador entre la producción del saber científico y la dirección del poder político.* Es lo que corresponde a una universidad que importa conocimiento, pero que no puede producir y exportar de la misma forma.

Esto es lo que, en realidad, define el discurso universitario: la importación de saber como estrategia de poder.

Hay que evocar la inmigración para comprender este dispositivo que llamamos la universidad: son las comunidades de alemanes y franceses las que hablan por entonces de “socialismo” (en el sentido liberal del término) y las comunidades de italianos y españoles las que levantan la bandera del anarquismo (los estudiantes de la Reforma se dicen liberales, pero se defienden de la acusación de ácratas).

Las comunidades inglesas dieron un *modelo* a nuestra aristocracia, las francesas y alemanas a nuestra pequeña burguesía y burguesía, mientras que las italianas y españolas configuraron el modelo de la clase obrera. Los excluidos de la retórica estudiantil son los anarquistas, de la misma forma que décadas después serán los “verdaderos” peronistas. Es por eso que la palabra “pueblo” en esos discursos designan a ciertos “representantes” y que éstos son, en realidad, los aspirantes a la dirección del poder (aunque levanten siempre la bandera de su disolución).

Se entiende, entonces, que la Federación Universitaria sea una consejera del gobierno en el momento de la Reforma y que los estudiantes hagan un puente que les permite discutir en la Casa Rosada y “arengar” a los obreros con el cuento de la Universidad Popular. La política de extensión universitaria, el sueño de convertir a la ciudad en un aula donde estudiantes y profesores dis-tan, es la búsqueda de un respaldo para negociar mejor el ascenso.

Hablando de la inmigración —en el período que va de 1887 a 1914— Guy

Bourdé escribe: "Todo ocurre como si los extranjeros estuvieran confinados a realizar las tareas ingratas de la producción, las actividades manuales, y como si los argentinos se reservaran la función pública y las actividades intelectuales".*

Sin embargo, un análisis más preciso desde el punto de vista cuantitativo, lo lleva a precisar: "Las actividades nobles de magistrado, abogado y médico están reservadas a los argentinos, quienes ocupan más de las dos terceras partes de los puestos. La exclusión de los extranjeros se explica fácilmente. En efecto, la tradición universitaria, el conocimiento del derecho y las instituciones, el desco de hacer una carrera política empujan a los hijos de las familias de la oligarquía a escoger estas profesiones liberales. *Las profesiones científicas se abandonan más fácilmente a los ingenieros y arquitectos extranjeros (...)* La medicina, profesión "noble", atrae a los argentinos, y la tarea subalterna de enfermero pertenece a los extranjeros".*

Se comprende entonces la lucha por la medicina, que por entonces casi equivalía a un título de nobleza (se comprende también el "cientificismo" pensado como lo opuesto a cualquier tradición y autoridad).

Si la universidad es una república y la república una universidad, la aristocracia del mérito será el fundamento del poder: los estudiantes de la Reforma que llamaron alguna vez Bastilla a la Universidad y se bautizaban con nombres de la Revolución Francesa, alguna vez entonaron la Marsellesa por las calles de Córdoba.

El reverso de la medalla es descripto por Adolfo Bioy cuando, aludiendo al radicalismo, escribe: "Nuestro país ha tenido en el curso de su corta historia, grandes hombres que hicieron patria, en todos los órdenes, tuvo los más grandes presidentes que república alguna haya podido tener, tuvo a Rivadavia, a Mitre, a Sarmiento, a Avellaneda, a Roca, a Pellegrini, a Quintana, a Sáenz Peña; tuvo y tiene dos grandes diarios de resonancia universal, que han mantenido durante noventa años de vida, voz de enseñanza y línea de conducta.

Esa es la verdad argentina, la que algunos parecen ignorar, como aquel que, llegado a la presidencia e investido en su ropaje, proclama ante los Estados Unidos de América, la inferioridad de nuestro país, y tendiendo una mano de pordiosero habla, con hábil retórica al decir de sus partidarios vergonzantes, de nuestra falta de desarrollo social y constitucional. Sólo es comprensible esta monstruosa deformación de la realidad argentina, porque quien la enunció es el autor y el fruto de la gran trampa electoral, con que se sorprendió la buena fe del gobierno cándido y honrado de una revolución gloriosa. Sabido es que a partir del tercer lustro de este siglo, empezó nuestro país a sufrir quebrantos en su ordenamiento político y social..." (Adolfo Bioy: *Años de Mocedad*, Ed. Nuevo Cabildo, 1963).

* Guy Bourdú, *Buenos Aires, urbanización e inmigración*. Ed. Huemul, 1977.

Si durante la administración de Rivadavia existía un poder que intentaba darse un saber (por ejemplo, contratar profesores para que los hijos no tuvieran que irse durante años de Buenos Aires para estudiar), la Reforma muestra que hay un saber que intenta darse un poder.

Para la aristocracia el "saber" venía a dar una dimensión espiritual al poder, para los hijos de inmigrantes que encaraban la Reforma la dimensión espiritual debía conducir al fundamento del poder: "Es que la cruzada estudiantil que se iniciaba —escribe Julio V. González, en el trabajo ya citado—, tenía la fuerza incontrastable del ideal. De ahí que fuera, por sobre todo, una revolución espiritual que rebalsó Córdoba e inundó a todo el país".

En el folklore político de la Argentina la lucha entre el Doctor (abogado) conservador y el Doctor (médico) radical, que siempre puede invertirse para continuar, muestra la recurrencia de un juego: tanto liberales como clericales —si es que así se los quiere llamar— son rebeldes cuando buscan el poder y se dedican a la reprensión de la rebelión cada vez que lo consiguen.

En la década del cincuenta la inmigración interna transformó este juego: cada vez hay menos en la partida, cada vez hace falta más uso de la fuerza para sostener los árbitros y las reglas. Una retórica penosa, siempre dirigida a la "juventud", agota su ingenio en la reiteración de ciertos tópicos. La sucesión de las generaciones, entre discursos y sobresaltos, continúa en el interior de un círculo de mascaradas e impotencias. La muerte indexa, el precio es cada vez más alto. Nuestros historiadores describen los hechos consumados, pero están lejos de poder inventar una causa perdida y de encontrar el discurso de una esperanza que es —en realidad— la palabra de un deseo: de ahí el retorno periódico de movimientos mesiánicos donde el cuerpo calificado de un hombre se convierte en el goce ignorado de una comunidad sin esperanza.

Italianos, españoles, franceses, ingleses, alemanes, austríacos, suizos, rusos, turcos: lenguas y culturas que convergen en un mismo espacio geográfico para constituir la trama de un territorio nacional. Busquemos en nuestro lenguaje sus huellas y sólo encontraremos algunos términos. Por otra parte, lo mismo ocurre con las múltiples lenguas habladas por los habitantes de estas tierras. Rechazo de la cultura española, rechazo de las culturas de los inmigrantes, rechazo de las culturas de los indios: darwinismo social, malthusianismo familiar, positivismo intelectual. Sarmiento parece no haber comprendido la barbarie de la civilización, el deseo de saber como búsqueda de un poder más absoluto que ese que se intenta combatir y que parecía estar encarnado en la religión.

C. O. Bunge, hablando de la psicología, lo comprende: "...he ahí el positivismo: en su esencia, no constituye más que una forma nueva de cosas tan viejas como la divinización, la revelación, la inspiración (...) ¿En qué se diferencia, por tanto, dicho método positivo de los demás? Principalmente, en que es más

hipócrita, porque disimula mejor el origen de sus doctrinas y construcciones, y también en que está *más informado*, no por la superioridad de sus procedimientos, sino porque ha aparecido en una época en que las ciencias naturales habían ya realizado considerables progresos” (*Rev. de Filosofía*, enero de 1915). Pero, a pesar de eso, C. O. Bunge sabe estar donde corresponde: “En los tiempos que corren, la tendencia general es la de inducción, propia del método positivo. Yo lo he seguido siempre. Pero el hecho de seguirlo, conforme al siglo en que vivo, no implica negar la realidad y la conveniencia de esas *sensaciones de conjunto* que, en todos los tiempos, constituyen la metafísica” (*Idem*).

Por entonces el *racionalismo* cartesiano era reaccionario y el *positivismo* progresista.

Por último, C. O. Bunge plantea el problema de la *certidumbre* en términos sugerentes, al proponer como apólogo a un niño: “Lo incognoscible, para el pensador infantil, es un padre omnipotente y omnisciente, que le provee de cuanto necesita y halla contestación infalible a todas sus preguntas... Interrogad a un niño de seis años sobre las cuestiones más extraordinarias, y os responderá, muy serio, mirándoos con profundo menosprecio: Papá le contestaría a usted todo eso. Papá sabe todo eso y mucho más (...) Entre los grandes metafísicos el papá de cada uno era su Cosmos, o su Yo (que condensaba subjetivamente el Cosmos) o, en fin, su Infinito (el Cosmos, el Yo, el sistema de cada uno estribaba en su concepción del Infinito). Y Schelling decía cultamente a Fichte: Tu yo es incompleto porque da a cada individuo un mundo distinto. Yo amplío mi Yo hasta hacer de mi Yo *tu* Yo. Fíjate cómo así mi Yo es mucho mejor que el tuyo, porque vincula los mundos.

”Y Schopenhauer increpaba a Schelling: Tu Yo es absurdo. Mucho más puede mi concepto de las Representaciones y de la Voluntad. Con esto explico el problema del *servo arbitrio*. ¿Para qué sirve tu Yo, si nada explica? Lo que hay de bueno en tu estúpido sistema lo has tomado del mundo *neumenal* de mi tío Kant. Sólo allí se entiende la cuestión de la libertad, que tu Yo y el de Hegel, con su absurdo lenguaje apocalíptico, obscurecen más y más, lejos de aclararlo. Mi Yo sí que es bueno, y, aunque mucho vale el de mi tío Kant, sólo el mío lo resuelve todo.

”Así discutan los metafísicos sobre lo absoluto, amparándose en su vicio y buen padre lo incognoscible...” (*Idem*).

Para Bunge la filosofía es teoría (sexual, diría Freud) infantil y discusión *familiar* (en la propia hay varios intelectuales) cuando se parte de Un Padre que es *incognoscible*. Por eso, aunque le disgusta el positivismo, acepta las certidumbres de la materia maternal que la nueva ciencia garantiza.

Aunque se lograra hacer de la República una Universidad y de cada lugar un aula, este saber está lejos de revelar el enigma que la sombra de Facundo sigue

guardando más allá de la invocación de Sarmiento. La universidad tiene un verso único, el territorio del discurso es polifónico. El saber resguarda un poder, pero el otro que causa su deseo lo sume en la impotencia.

Germán L. García

NOTAS

“La revolución universitaria de Córdoba en 1918”. *Rev. de Filosofía*, enero de 1922

2 R. Rivarola: “Filosofía, política, educación”. *Rev. de Filosofía*, enero de 1915.